

COLECCIÓN SÍNTESIS • HISTORIA

---

# MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Francisco Alía Miranda



**EDITORIAL  
SÍNTESIS**

Consulte nuestra página web: [www.sintesis.com](http://www.sintesis.com)  
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Francisco Alía Miranda

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono 91 593 20 98  
[www.sintesis.com](http://www.sintesis.com)

ISBN: 978-84-9077-413-7  
Depósito Legal: M. 36.009-2016

Impreso en España - Printed in Spain

## Índice

<i>Introducción</i> .....	7
<b>1. El trabajo de investigación</b> .....	11
1.1. La investigación y el investigador .....	11
1.2. Las partes y divisiones de un trabajo de investigación .....	15
1.3. La redacción .....	19
1.4. Las citas y las referencias bibliográficas .....	22
<b>2. El método y las técnicas de investigación histórica</b> .....	29
2.1. El método de investigación histórica: definición, condiciones y procedimientos .....	29
2.2. Las operaciones del método de investigación histórica .....	35
2.3. Las técnicas de investigación .....	38
2.4. El documento y las fuentes .....	53
<b>3. De la biblioteca tradicional a la biblioteca digital</b> .....	61
3.1. Las bibliotecas y los centros de documentación .....	61
3.2. La recuperación de información: técnicas de búsqueda bibliográfica .....	67
3.3. Las fuentes de información bibliográfica .....	75
3.4. Las bases de datos bibliográficas .....	79
3.5. Las bibliotecas digitales .....	89
3.6. Los repositorios y los recolectores de documentación digital ..	93

cumento, se pueden indicar las páginas después de los números. Las referencias bibliográficas se presentan en una lista ordenada por el número de la cita, por orden de aparición, no por orden alfabético del primer elemento.

### *Para saber más*

Se recomienda consultar el documento “Referencias bibliográficas” disponible en la página web de la editorial: [www.sintesis.com](http://www.sintesis.com).

## 2

# El método y las técnicas de investigación histórica

### 2.1. El método de investigación histórica: definición, condiciones y procedimientos

Alemania fue el primer escenario donde la historia alcanzó un estatus científico, lo que ha llevado a muchos a calificar el siglo XIX como el *siglo de la historia*, al romper con la pura acumulación erudita y prolija de hechos y con la especulación histórica al estilo del ensayo filosófico. La disciplina de la historiografía, en el sentido moderno de este término, fue fundada en ese siglo en el seno de la universidad, a través de un primer cuerpo de reglas y preceptos metodológicos establecidos bajo la influencia del positivismo, a través principalmente de dos escuelas historiográficas: la Escuela Histórica Alemana y la Escuela Metódica Francesa. La preceptiva historiográfica, nuevo tipo de reflexión sobre la historia, cuyo lugar central lo ocuparía la ciencia, conlleva la publicación de los primeros grandes tratados metodológicos que establecían las características de esta nueva historia científica, desde sus premisas teóricas hasta su modo de investigación. Entre estos textos metodológicos destacan los de Buchez, Lacombe, Ranke, Droysen, Bernheim y Langlois y Seignobos, que avanzaron fórmulas científicas y objetivas (o positivas) que han influido en muchas generaciones de historiadores, y no solo de alemanes y franceses.

Para Ranke, creador del oficio de historiador, la tarea del investigador consistía básicamente en reunir un número suficiente de hechos, apoyados en documentos seguros. A partir de estos hechos se organiza y se deja interpretar el propio relato histórico. Toda reflexión teórica es inútil, incluso perjudicial, porque introduce un elemento de especulación. La ciencia positiva puede alcanzar la objetividad y conocer la verdad de la historia. La condición es que todo debe ser comprobable, "he aquí lo que funda la historia como una ciencia positiva" (Carbonell, 1993: 118-119).

El nacimiento del historiador profesional tuvo lugar en Alemania en la primera mitad del siglo XIX. A finales de siglo comenzó a extenderse por el continente europeo. El primer país en el que se difundió fue en Francia, donde se sintió con mucha fuerza la influencia del historicismo a través de la Escuela Metódica. Sus principios básicos se exponen en dos textos-programas: el manifiesto, escrito por G. Monod, para lanzar *La Revue Historique* en 1876, y el manual que Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos publicaron en 1898 con el título de *Introduction aux études historiques*, que sirvió de guía de investigación no solo a los estudiantes, objetivo primero, sino a muchos historiadores de todo el mundo durante muchos años, y que recogía la mayor parte de presupuestos defendidos desde la revista en los veintitrés años previos. La pretensión principal de la Escuela Metódica era la de imponer una investigación científica objetiva, imparcial, dejando de lado cualquier especulación filosófica, procurando alcanzar tal fin aplicando técnicas rigurosas en lo que respecta al inventario de las fuentes, la crítica de los documentos y la organización de las tareas profesionales.

El método científico de la historia ha evolucionado y se ha enriquecido ampliamente desde su configuración gracias a las múltiples corrientes y escuelas historiográficas y filosóficas desarrolladas en el siglo XX, como Annales, el marxismo o el posmodernismo, por citar solo algunas. El papel pasivo que asignaba al historiador el historicismo alemán y los metódicos franceses está hoy día ampliamente superado, como la ingenuidad de que en un manual del estilo de la *Introducción a los estudios históricos* (1898) de Langlois y Seignobos se encontraba el único camino para llevar a cabo una buena investigación científica. El sistema de la *cómoda* a que aludía Febvre en su combate contra el positivismo, que impedía comprender y explicar la historia por la falta de interrelación de los hechos históricos, encerrados en cajones estancos, nos parece mejor definido como el sistema *cómodo*: no había interpretación, no había compromiso.

La tarea y el oficio del historiador es mucho más complicada que la de limitarse a buscar las fuentes, a hacer una crítica exhaustiva de ellas y a agrupar los datos por categorías que ayuden a preparar la síntesis final. Y su papel es mucho más protagonista. En las operaciones que tiene que realizar para alcanzar un conocimiento científico, la mayor parte depende de sus propias deci-

siones. Por eso nos parece adecuada la definición de *método de investigación* que ofrece Julio Aróstegui (1995: 52), quien lo entiende como "el conjunto de prescripciones y de decisiones que una disciplina emplea para garantizar, en la medida que alcance, un conocimiento adecuado". Prescripciones porque han de llevarse a cabo una serie de operaciones reguladas, obligatorias. Decisiones, porque un método es un sistema abierto: dentro de su orden de operaciones, el investigador debe decidir muchas veces por sí mismo.

La preparación del historiador es fundamental para ejecutar esas operaciones con las decisiones más apropiadas. Desde el planteamiento de las hipótesis hasta su verificación (o demostración de su *falsabilidad*), pasando por la descripción y observación de las fuentes y terminando por la explicación de la historia, debe hacerse con un gran protagonismo del investigador. Las fuentes no hablan por sí mismas. El historiador no puede pensar que los hechos históricos se reflejan como en un espejo. Tiene que construir esos hechos sabiendo interrogar a la documentación partiendo del planteamiento de hipótesis.

*Hipótesis* es la suposición o conjetura que se hace sobre algo y de la cual se infiere una consecuencia. *Hipótesis de trabajo* es una proposición que da una respuesta tentativa a un problema en la fase de planteamiento de la investigación. Toda investigación parte de preguntas y las preguntas la dirigen, y las posibles respuestas, aún poco elaboradas, asaltan al investigador a cada paso de su investigación. El historiador, aunque sea de forma implícita y aun inconsciente, busca sus hechos del pasado sirviendo al intento de explicar *por qué*. Construir hipótesis es una tarea que va ligada siempre a la formulación de las preguntas y que se hace necesaria desde que se reúnen los primeros hechos pertinentes en el fenómeno que se investiga.

Pero sin la construcción de hipótesis no es posible dar cuenta al final de una investigación de las razones por las que una situación histórica es como es. El ideal de una ciencia es que una hipótesis sea un instrumento que nos permita ir coleccionando datos, que oriente la búsqueda de nuevas evidencias empíricas, que ilumine la lectura de los documentos o determine las preguntas que hacer a las fuentes. Una hipótesis es algo que, por definición, sirve para ser enfrentada a los datos y que debe ser sistemáticamente puesta a prueba. Rara vez una primera hipótesis explicativa de un problema, fenómeno o grupo de fenómenos, en cualquier ciencia y también en la historiografía, pervive a lo largo de la investigación. Las hipótesis primeras suelen ser erróneas en todo o en parte. Investigar es justamente ir destruyendo esas hipótesis primeras y, si es preciso, cambiar toda la orientación de la búsqueda de nuevas realidades y verdades.

Al formular sus hipótesis, el investigador está armándose de una herramienta indispensable. En la fase de recolección de datos, son las hipótesis las que le preparan para penetrar en la masa de fuentes y datos, a veces muy considerable. Por esto la hipótesis resultará útil aun cuando la afirmación que contiene esté

equivocada, con la condición, evidentemente, de saber corregirla, de no pretender mantenerla contra toda evidencia de lo contrario.

Por tanto, como en cualquier disciplina, el método científico en historia consiste básicamente en *seguir ciertos procedimientos para plantear problemas y verificar las soluciones propuestas*. Este es el primer requisito metodológico. La construcción de la historia como ciencia depende sobre todo de la solución de dos problemas: cómo enunciar y comprobar las hipótesis y cómo garantizar la construcción teórica adecuada mediante generalizaciones controladas.

Los instrumentos disponibles más importantes para estas dos finalidades (que en el fondo se reducen a una sola, la superación de la tendencia de los historiadores a preocuparse excesiva o exclusivamente con la singularidad de los procesos, secuencias y estructuras que estudian) son el *método comparativo*, que conceptualiza la problemática histórica a través de la ruptura de los marcos geográficos y cronológicos habituales, en favor del estudio de temas bien definidos, y la *construcción de modelos*, considerando el modelo como una representación simplificada de una estructura o sistema real: “construcción mental a partir de la realidad en la que se reproducen los principales componentes y relaciones del segmento de realidad analizada” (Alcina, 1994: 85).

El avance científico de la historia exige que hipótesis, explicaciones y generalizaciones se expliciten. Esta es la manera de poder ejercer un control y una verificación adecuada de ellas que tienda a garantizar un conocimiento objetivo. El positivismo fundamentó el carácter científico de la historia haciendo explícitos sus procedimientos y sus documentos. Las nuevas aportaciones historiográficas del siglo xx han asentado ese conocimiento científico y han ampliado su condición, siguiendo ciertos procedimientos para plantear problemas y verificar las soluciones y asumiendo que el resultado nunca puede considerarse un conocimiento definitivo, irrevocable. Como apunta Aróstegui, es necesario que el historiador haga siempre explícitos sus procedimientos de trabajo de forma que procure, como procura cualquier práctica científica, presentar una imagen exhaustiva de los elementos de la argumentación y de las fuentes –de sus evidencias– que le conducen a determinadas conclusiones. O, dicho en otras palabras, que tampoco serán nuevas: *para que un discurso pueda considerarse científico debe presentar siempre la posibilidad de que sus propias conclusiones puedan ser rebatidas. El investigador debe hacer explícitos sus procedimientos*. Este es el segundo requisito del método científico.

No hay historia definitiva y esta no se agota ni con las fuentes ni con las interpretaciones. *El resultado, por tanto, nunca puede ser considerado un conocimiento definitivo, irrevocable. La ciencia progresa gracias a la discusión de los conocimientos*. Solo así podremos mantener viva la ciencia histórica. Este es el tercer requisito que debe presentar el método para ser considerado científico.

El camino es difícil de seguir, tal vez por la falta de reglas o conocimientos exactos, fijos e inmutables. También por la multitud de errores que se cometen,

en muchos casos, tan comunes en la investigación histórica que son difíciles de observar. Las “trampas que evitar en la investigación” (Thuillier y Tulard, 1988) son las siguientes:

- *Anacronismo*: solemos razonar en función del presente, con la psicología de una persona actual, y no en función del pasado.
- *Voluntarismo*: consiste en querer demostrar a cualquier precio una teoría, trasplantando una doctrina sobre lo real. Para ello se seleccionan los documentos (no se los interroga) en función de esta tesis planteada *a priori*. Si es necesario se hará el silencio sobre los documentos molestos.
- *Nominalismo*: esta trampa nos alerta de la tentación del historiador, que se basa en un gran porcentaje en el documento escrito, a olvidar lo no dicho, lo no escrito: el rol de los hombres, la manera en que viven, etcétera. Prisionero de sus fuentes, de su doctrina, de su ausencia de experiencia, el historiador pasa a menudo por la superficie de las cosas y hace una historia sin sensibilidad, sin vida.
- *Ingenua creencia de que lo sabemos todo*: tendemos a pensar que lo sabemos todo y que hay que demostrarlo. Cualquier trabajo es necesariamente imperfecto, provisional, pero son raros los historiadores que declaran honestamente: “no sabemos lo que ha pasado, existen unas hipótesis A, B y C, pero, de hecho, no sabemos realmente lo que ha podido pasar”. El historiador debe tener conciencia de los límites de lo que cree saber y esforzarse en delimitar las zonas oscuras, los márgenes de incertidumbre, en intentar adivinar –más allá de los documentos– lo que no es comprensible. Esta reflexión es indispensable, pues puede conducirnos a explorar nuevos caminos de búsqueda, al planteamiento de nuevos interrogantes o a descubrir nuevas fuentes. Un libro de historia, como dice Paul Veyne, “peca menos por lo que afirma que por lo que no ha osado plantear”.

El documento, decía Marc Bloch, es como un testigo, habla cuando le preguntamos y le planteamos cuestiones (“Los textos, o los documentos arqueológicos, aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos”). Y el historiador, podemos añadir nosotros, es como un detective; este parte de diversas hipótesis en su investigación y tiene que ir comprobando su veracidad con sus distintos testigos, con sus fuentes. Haciendo preguntas, interrogando a esos testigos, sabe ir por el camino adecuado a la solución del caso, debiendo probar y demostrar sus argumentos. El historiador hace lo mismo para llegar a la historia demostrable y, por tanto, científica. Como también escribía Bloch, “para decirlo todo en una palabra, las causas, en historia más que en cualquier otra disciplina, no se postulan jamás. Se buscan...”. Para buscar y demostrar es indispensable una buena preparación, pero también una abundante dosis de imaginación.

La investigación histórica es habitualmente una aventura más confiada a la improvisación que asentada en una preparación rigurosa. “Buscad atentamente y encontraréis... otra cosa”, dice una expresión popular que bien puede aplicarse en muchos casos a la investigación científica. Un factor de azar se encuentra en centenares de descubrimientos importantes realizados en investigaciones que perseguían objetivos distintos. Esto se designa, en el argot científico, con la palabra *serendipia*, que procede de un cuento de tradición oriental denominado *Los tres príncipes de Serendip*, quienes tenían el don de descubrir las cosas más insólitas, mediante una combinación de azar e inteligencia, cuando viajaban buscando otras.

La investigación se inicia a partir de la selección de un tema con la elaboración de un proyecto, al menos en esbozo, del procedimiento para abordarlo. El historiador tiene que establecer un plan que sirva de guía para su trabajo y de orientación en la búsqueda de conclusiones sobre un objeto histórico bien definido. Planificar una investigación es prever los momentos cognoscitivos y técnicos por los que el trabajo habrá de pasar. Pero, de forma más práctica, planificar sería la previsión de adaptación del trabajo a los problemas concretos del objeto investigado. Una planificación tendrá que atender a tres niveles: el de lo que se quiere conocer, el de cómo conocer y el de la comprobación de lo conocido. Ello conllevaría la previsión del conjunto de problemas relacionados con investigar –por qué un proceso es como es–, sus límites cronológicos, la inteligibilidad y justificación de ellos y la pregunta que hay que formular. El cómo articular una investigación habría de atender a las fuentes, la organización de la información, su tipología y su uso, así como la relación con otras investigaciones. Ninguna investigación puede permanecer aislada de las demás de su misma área. Pues bien, el diseño es la planificación que se hace una vez que tenemos claro el problema –y sus fuentes–, el método y las técnicas.

La investigación histórica surge de insatisfacciones con los conocimientos existentes, insatisfacciones que, a su vez, están provocadas por la aparición de nuevos puntos de vista, de nuevas teorías o de nuevas curiosidades sociales. También puede surgir por “hallazgos” de novedosas conexiones entre las cosas, de comparaciones o, simplemente, de nuevas fuentes. Los archivos todavía guardan muchos secretos. La suerte, la perseverancia y la catalogación de los fondos y los procesos de digitalización, iniciados ya de forma masiva, pueden hacer ir descubriendo esos documentos perdidos que no eran tales.

Las fuentes y la documentación son fundamentales para el planteamiento y desarrollo de la investigación histórica, pero no lo son todo, como nos alerta Topolski (1992: 298-329). Este no se opone al uso y abuso de las fuentes, sino a la confusión que el positivismo establecía entre la investigación empírica y la totalidad del método histórico. Por una parte, cuando elegimos el campo por estudiar o las hipótesis de trabajo, y más tarde cuando formulamos explicaciones causales o establecemos leyes, nos apoyamos sobre todo en marcos teóricos,

en el conocimiento de los códigos pertinentes a los mensajes, que son las fuentes históricas, en el conocimiento de otros hechos y procesos, en la comparación. Por otra parte, cuando establecemos los hechos y procesos históricos que interesan específicamente a la investigación que se está realizando –y que depende de la crítica externa e interna de los testimonios de todo tipo–, también interviene conocimientos externos al examen de las fuentes. No bastan ni estas ni la erudición histórica sola. Tenemos que percibir que la información extraída es más instructiva si hacemos preguntas más variadas, cosa que exige un vasto conocimiento.

Cuadro 2.1. *Conocimiento basado y no basado en fuentes, en los procedimientos investigadores del historiador*

<i>Tipo de proceso de investigación</i>	<i>Conocimiento basado en fuentes</i>	<i>Conocimiento no basado en fuentes</i>
– Elección del campo de investigación		+
– Formulación de la pregunta (problema)		+
– Establecimiento de las fuentes para tal problema		+
– Lectura (y descodificación) de datos		+
– Estudio de la autenticidad de las fuentes (crítica externa)	+	+
– Estudio de la confiabilidad de las fuentes (crítica interna)	+	+
– Establecimiento de los hechos sobre los cuales las fuentes proveen información directa	+	
– Establecimiento de los hechos sobre los cuales las fuentes no proveen información directa (incluyendo la comprobación)		+
– Explicación causal (incluyendo la comprobación)		+
– Establecimiento de leyes (incluyendo la comprobación)		+
– Interpretación sintética (respuesta al problema de la investigación)		+
– Apreciación (adecuada) de los hechos históricos		+

Fuente: Topolski (1992: 324).

## 2.2. Las operaciones del método de investigación histórica

Las operaciones lógicas de la investigación no deben entenderse como secuencias sucesivas u obligatorias, cronológicas y ordenadas, del proceso de conocer, como lo entendían Bernheim y Langlois y Seignobos. Pero sí es necesario tener

un planteamiento en el que se piense en ellas. Las principales operaciones del método de investigación son las siguientes:

- *Elección del tema y justificación.* Los criterios que pueden orientar la selección de un tema de investigación son de varios tipos: de interés personal, de relevancia social o científica, de viabilidad o de originalidad. El rendimiento de una investigación será mayor si se emprende con gran interés por parte del investigador, interés por la cercanía geográfica, ideológica, etcétera. Pero además de ese interés la investigación tiene que responder a las demandas sociales y científicas del momento. Aparte de saber si un tema es relevante, debemos averiguar si es posible llevar a buen término su investigación. Para ello tenemos que analizar los recursos documentales, los recursos humanos (número y formación), los recursos materiales y el tiempo disponible. Debe evitarse tratar temas ya trabajados por otros investigadores, salvo si se hace con métodos renovados o para refutar opiniones anteriormente admitidas. Una vez elegido el tema es frecuente, conforme avanza la investigación, hacer cambios en él y en el título; acotaciones geográficas o cronológicas, sobre todo. Esto no debe preocuparnos si los cambios se hacen para mejorar el objetivo final.
- *Construcción de las primeras hipótesis: hipótesis previas.* En esta fase se fundamenta el origen de una investigación: la fijación de los problemas de partida, las primeras explicaciones tentativas o los ensayos de explicación de ciertos fenómenos o anomalías. Debemos tratar de delimitar el problema, la cuestión por investigar, formulándolo de modo que quede planteado en términos que puedan hacerlo verificable y fecundo. Posteriormente debe comenzar la construcción de un modelo teórico partiendo del cuerpo de teorías disponibles, o de una de ellas. También es posible que se trate de la proposición de una teoría nueva. Con base en la opción teórica que se haya hecho, será preciso identificar los factores pertinentes para el problema en estudio (o las variables, si se trata de una investigación cuantitativa). En seguida interviene la invención de hipótesis centrales y accesorias, o sea, la formulación de suposiciones que traten de explicitar y explicar los nexos que se supone existen entre las variables o factores pertinentes. Por ello es imprescindible la lectura previa de la bibliografía básica para ponernos al día del estado de la cuestión. En contra lo que muchas veces se cree, la ciencia no parte de observaciones de hechos, entendiendo por ello realidades establecidas, sino de problemas o de preguntas sobre los hechos y de la formulación de explicaciones tentativas; la investigación científica deberá tender a ponerlas a prueba. Conviene que la hipótesis esté claramente formulada. De las hipótesis formuladas depende la elección de la metodología y de las técnicas que serán empleadas en la investigación. También del tema escogido, del estado de la documentación y de los recursos disponibles.

- *Descripción y observación sistemática: análisis.* El investigador tiene que planear cómo someterá las predicciones hechas a partir de las hipótesis a verificaciones, mediante experimentos, observaciones y mediciones. En seguida realizará las operaciones programadas, recolectando en esta fase una serie de datos empíricos que serán criticados, evaluados, clasificados, analizados, procesados y finalmente interpretados a la luz del modelo teórico planteado anteriormente. Hay que empezar por localizar la bibliografía y documentación a través de todos los instrumentos de trabajo disponibles (bibliografías, catálogos, inventarios, etc.) y seguir por la consulta de todas las fuentes, primarias, secundarias y terciarias. La observación de la historia es la observación de las fuentes, el análisis documental, entendido este como el conjunto de principios y de operaciones técnicas que permiten establecer la fiabilidad y adecuación de cierto tipo de informaciones para el estudio y explicación de un determinado proceso histórico. La fiabilidad y la adecuación son las dos grandes características que una fuente debe poseer para poder ser considerada como tal en una determinada investigación. Podemos decir que son *fuentes adecuadas* para un tema aquellos conjuntos documentales capaces de responder a mayor número de preguntas, con menos problemas de fiabilidad, de menos equivocidad o mejor adaptación a los fines de la investigación y susceptibles de usos más cómodos. Pero el conocimiento de la historia no se reduce exclusivamente a la explotación de las fuentes, sino que se apoya también en conocimiento no basado en ellas, como ha dicho Topolsky, lo que es una manera simple de afirmar que las fuentes no funcionan sin un aparato teórico-crítico. Por eso resulta imprescindible antes de adentrarse en el misterioso mundo de la documentación conocer el estado de la cuestión, saber de los principales autores y trabajos científicos que han escrito sobre nuestro tema, de forma central o tangencial, para conocer en qué estado se encuentra la investigación. Solo así se puede reconocer lo novedoso, lo que se puede aportar a la ciencia.
- *Validación o contrastación.* El investigador debe tratar de comparar los resultados de la prueba con las consecuencias que había deducido de sus hipótesis, considerando entonces si estas resultan confirmadas o refutadas (en su totalidad o en parte). Si quedan comprobadas es preciso ver qué consecuencias trae para el cuerpo del saber: cambios teóricos, extensión eventual de las conclusiones de la investigación a temas o campos contiguos, etcétera. Si resultan refutadas, se harán las correcciones pertinentes en el modelo teórico, incluyendo la corrección o sustitución de las hipótesis, y se reemprenderá el proceso de predicción de consecuencias y verificación, después de identificar posibles errores y lagunas en el modelo y en los procedimientos de contrastación. El intento de destruir hipótesis, el proceso de la conjetura y la refutación del que habló Popper, o, como

se ha llamado también, de *ensayo y error*, es lo que lleva al momento de la contrastación o validación. Para aceptar que una hipótesis explica realmente unos hechos es preciso contrastarla con la realidad empírica para que resulte validada. La validación de las hipótesis es, en definitiva, un momento crucial del método, probablemente el definitivo, porque la hipótesis validada es la que consideramos una verdadera explicación científica. Pero la verdad es que una hipótesis no puede considerarse nunca definitivamente validada. La validación del conocimiento es considerada hoy por todas las metodologías como un asunto no concluyente y la cosa afecta aún más a las ciencias sociales. El proceso de la validación, según las tesis popperianas, es el de la *falsación*, la búsqueda de nuevos hechos para intentar mostrar que la explicación propuesta no puede dar cuenta de ellos. Si no da cuenta de uno solo de ellos, la propuesta de explicación, la hipótesis, se revelará como inadecuada, como falsa.

- *Explicación*. Una explicación verdadera tiene que trascender el orden de proposiciones que se refieren al *cómo* de los fenómenos para dar cuenta de su *porqué*. Y, también, de su *por qué no...*; es decir, por qué sucedieron unos hechos y otros alternativos no, por qué fueron las cosas como fueron y no pudieron ser de otra manera.

Enfocar así la explicación es la única manera de hacer posible la *falsación* de una hipótesis. Este es también el sentido profundo de la *comparación* en el análisis histórico. No solo existe la comparación entre las condiciones necesarias y suficientes que han hecho posible la materialización de un proceso y aquellas que han impedido la materialización de otros, o que son favorables para un proceso concreto y desfavorables para otro. (Aróstegui, 2001: 305)

La historia, por tanto, además de contar los acontecimientos, debe interpretarlos y explicarlos. Y, quizá todavía más importante, en esta explicación debe mostrar el proceso metodológico que la ha producido. Esta será la base científica de la investigación.

### 2.3. Las técnicas de investigación

El término *método* deriva del griego *méthodos* ('camino hacia'), que significa, de manera general, el modo o la manera de hacer o de producir algo, el sistema de proceder para obtener o alcanzar el fin perseguido. La *técnica* no es el camino, como el método, sino el arte o manera de recorrer ese camino. Las técnicas son, pues, instrumentos a disposición de la investigación y organizados por el método con este fin. Con el método conocemos los problemas, y las técnicas son medios de tratar esos problemas cuando ya han sido concretados.

“Las técnicas no son sino las operaciones que el investigador realiza para transformar los hechos en datos” (Aróstegui, 1995: 360). Mediante las técnicas, los contenidos temáticos de los legajos de un archivo se convierten en tablas de valores de precios, en resultados electorales, en listas de represaliados, en escenas de la vida cotidiana, etcétera. Podemos establecer unas características generales sobre las técnicas de investigación:

- La relación estrecha, necesaria e insustituible entre la teoría, el método y las técnicas en cualquier disciplina.
- La técnica sin método no basta y tampoco este sin aquella.
- Las técnicas son “operaciones de campo” que acostumbran a cambiar con frecuencia en función del progreso de las tecnologías.
- Las técnicas son limitadas en número y comunes a la mayoría de las ciencias sociales.
- Una técnica puede ser común a muchos métodos y un método admitir muchas técnicas.
- Las técnicas de investigación no pueden enseñarse solo con su descripción; con su práctica adquirimos verdaderamente su total dimensión.

La elección de las técnicas que serán empleadas en la investigación depende estrechamente del tema escogido y de las hipótesis de trabajo planteadas. Depende también del estado de la documentación accesible y de las disponibilidades humanas, de recursos, de tiempo y de otras muchas circunstancias.

Las técnicas de investigación histórica se dividen en dos tipos:

- *Técnicas cualitativas*. Contribuyen a buscar y observar los documentos. No aspiran a medir en la construcción de datos. Se clasifican, a su vez, en:
  - Búsqueda y localización de información.
  - Observación documental.
  - Observación directa.
  - Técnicas arqueológicas.
- *Técnicas cuantitativas*. Miden variables. Se dividen en:
  - Técnicas matemáticas.
  - Técnicas gráficas.

La división entre cuantitativo y cualitativo no quiere decir ni mucho menos oposición, como reconoce R. Lourau (1979): “Oponer lo cuantitativo a lo cualitativo procede de un acto estéril, ya que los cuantificadores reconocen, tarde o temprano, que lo que organiza la materia cifrable, las finalidades, pertenece al

dominio de la cualidad, y los fanáticos de la cualidad están obligados a medir diariamente aunque solo sean sus medios de supervivencia”.

Los datos cualitativos están esencialmente cargados de significado pero, aparte de eso, muestran una gran diversidad. No incluyen recuentos ni las medidas, pero sí cualquier forma de comunicación (escrita, en audio o visual) o comportamientos humanos, símbolos o artefactos culturales.

El análisis cualitativo implica dos actividades: en primer lugar, desarrollar un conocimiento de las clases de datos que es posible examinar y del modo en que se pueden describir y explicar y, en segundo lugar, una cierta cantidad de actividades prácticas que sirvan de ayuda en el manejo del tipo de datos y las grandes cantidades de ellos que es necesario examinar. (Gibbs, 2012: 20-21)

La historia, como las ciencias sociales, como todas las ciencias, parte de los hechos. La investigación científica presenta dos vertientes distintas: el descubrimiento de hechos y la creación de hipótesis y teorías; en este sentido se puede hablar de *ciencia descriptiva* y *ciencia teórica*. Ahora bien, la construcción teórica sirve a dos fines principales: predecir la ocurrencia de acontecimientos o de resultados experimentales y prever así nuevos hechos y explicar o hacer inteligibles hechos ya registrados. “En ese sentido es muy común considerar que el progreso científico consiste, fundamentalmente, en la acumulación sucesiva de *descubrimientos de hechos*, con independencia de la existencia de teorías” (Alcina, 1994:71). La teoría es el inicio del proceso científico, ya que el paso siguiente es la contrastación de esta mediante los datos o los hechos.

Buscar y observar los hechos es el elemento primordial de su método y, por tanto, la primera de las técnicas de investigación. “La primera tarea del oficio de historiador es descubrir, identificar y discriminar esas reliquias dispersas, que pasarán a ser las pruebas, evidencias y fuentes informativas primarias sobre las que levantará su relato, su construcción narrativa del pasado histórico” (Moradiellos, 2013b: 36). La labor del historiador no consistirá en una mera descripción de los hechos del pasado, sino en la construcción o reconstrucción del propio pasado, que no es el pasado real, sino el que él interpreta, “el pasado imaginado”.

En la búsqueda de fuentes de información debemos proceder a una rigurosa planificación, con el fin de reducir lo más posible los frecuentes casos de *serendipia* en la investigación científica, motivada en múltiples ocasiones por considerar el historiador la investigación como una aventura más confiada a la improvisación, a la intuición y a su buen sentido, que a un proceso guiado por unos conocimientos y técnicas rigurosas.

Buscar la información se ha convertido en una tarea complicada, tanto por el continuo incremento de la documentación como por la cada vez mayor dependencia de los ordenadores. Por ello, el historiador debe conocer aspectos bá-

sicos de las técnicas de otras ciencias, como la documentación y la informática. Los instrumentos de descripción de archivos (guías, inventarios, catálogos) y las fuentes de información de las bibliotecas (bibliografías, catálogos y boletines) se encuentran actualmente en proceso de automatización, más incipiente en los archivos y más desarrollado en el campo bibliotecario. Este proceso facilita la búsqueda y localización de documentación, pero a base de conocer las técnicas documentales e informáticas utilizadas por archiveros, bibliotecarios y documentalistas.

En el ámbito de las ciencias sociales y de las humanidades, el desarrollo de la automatización y de los recursos y servicios electrónicos es más recatado que en otros ámbitos científicos, por la importante suma de dinero que mueve la investigación experimental o sanitaria y, en consecuencia, su información y documentación. Por ello, el historiador ha de dar más rodeos para llegar a la información, y debe manejar tanto repertorios generales como especializados, impresos y electrónicos. No olvidemos que el periodo de obsolescencia de la bibliografía histórica (en torno a veinte años) es mucho más amplio que el de otras ciencias, por lo que la información electrónica en la mayor parte de los casos no llega a periodos de cobertura tan elevados. Estas dificultades le exigen una mayor preparación en la búsqueda y localización de sus fuentes de información y documentación.

La observación documental consiste, básicamente, en analizar las fuentes y documentación de la historia para comprender el significado del documento y contrastar la información con el fin de validar o no las hipótesis planteadas. Se lleva a cabo sobre los documentos en los que los hechos han dejado huella.

Durante los últimos años, los historiadores han ampliado de forma considerable sus intereses, hasta incluir en ellos no solo los acontecimientos políticos, las tendencias económicas y las estructuras sociales, sino también los sucesos y el transcurrir de la vida cotidiana, el desconcertante mundo de las mentalidades, la historia de la cultura, etcétera. La investigación en estos nuevos campos no se habría podido realizar si se hubieran limitado exclusivamente a las fuentes tradicionales, a la documentación de archivo y, especialmente, a los documentos oficiales.

La tradicional consideración de las “fuentes de la historia” como las referidas casi en exclusiva a la documentación original de archivo debe ser sustituida por una concepción mucho más amplia. La “fuente de archivo” que ha sido la pieza esencial de la documentación histórica en la tradición positivista, y que vino a reemplazar a la historia que se componía siempre sobre relatos históricos anteriores, es hoy un tipo más, y no necesariamente el más importante, entre los medios de información histórica. Las fuentes de la historia tienen una variadísima procedencia. El archivo histórico constituye hoy uno de los depósitos fundamentales de la documentación histórica, pero en modo alguno las fuentes históricas tienen en exclusiva esa procedencia. Fuente para la historia

es cualquier tipo de documento existente, cualquier realidad que pueda aportar testimonio, huella o reliquia, cualquiera que sea su lenguaje.

La revolución documental de nuestros tiempos, debida en gran parte al desarrollo de la historiografía durante el siglo xx y a su interrelación con otras ciencias sociales, ha venido a sumar al documento de archivo nuevas fuentes. La literatura siempre ha sido compañera de la historia, pero en los últimos años se ha producido una reconsideración del pasado mediante el análisis minucioso de textos literarios. También se ha presenciado un mayor recurso a la evidencia visual como respuesta a la toma de conciencia de que los documentos también pueden incluir pinturas, edificios y multitud de objetos realizados por hombres y mujeres. Nuevos campos de especialización, como la arqueología industrial y la arqueología submarina, han producido una nueva cosecha de evidencias documentales que bien pueden confirmar antiguas conclusiones o bien plantear nuevas cuestiones.

A pesar de la buena acogida de estas nuevas fuentes, todos los documentos (nuevos y tradicionales) presentan parecidos problemas de selección y de interpretación. Los historiadores, como los fotógrafos, los directores de cine, los pintores... no ofrecen un reflejo de la realidad sino representaciones de esta. Los documentos no hablan por sí mismos. Los hechos raramente vienen preparados de antemano, y ningún historiador puede escapar de ciertos condicionamientos, como las ideas preconcebidas individuales, las preocupaciones contemporáneas y el conocimiento de la historiografía previa sobre el tema. Nuestra vinculación con el pasado es, y no debe dejar de ser –según Hayden White (2003)– emotiva, por lo que la dimensión poético-expresiva del escrito histórico no solo aparece como inexpugnable sino, más aún, como determinante de todas las demás. Los conflictos valorativos no pueden dirimirse apelando exclusivamente a la evidencia; siempre será la conformidad o no con nuestros intereses, compromisos y temores lo que captará nuestra adhesión a uno u otro relato en conflicto.

Nuestra mente no refleja la realidad de manera directa. Esta la percibimos a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra. Además, siempre analizamos el pasado desde el presente, conocemos el futuro del pasado, en palabras de Koselleck (1993), lo que tiene que influir forzosamente en esta representación.

Conocemos el futuro únicamente por el pasado que proyectamos en él, pero el pasado es algo que nunca podemos capturar, ya que en el momento en que nos damos cuenta de lo que ha ocurrido, esto nos es inaccesible: no podemos revivirlo, recuperarlo ni volver a ello como podríamos hacer con un experimento de laboratorio. Solo podemos presentar el pasado como un paisaje próximo o distante, sin saber nunca con seguridad cómo fue realmente. Los historiadores representan lo que no pueden reconstruir (Gaddis, 2004: 19).

Una vez asumida la naturaleza de la investigación histórica y el amplio elenco de fuentes que la sustentan, el problema está en que la crítica y la observación de muchos de estos nuevos documentos no han corrido pareja. Como dice Burke (2003: 31), tal vez lo que necesitamos es una nueva “diplomática”. Este fue el término empleado por Jean Mabillon en su guía para la utilización de documentos oficiales a finales del siglo xvii, cuando este nuevo tipo de prueba levantaba las sospechas de los historiadores más tradicionales. ¿Quién será el Mabillon de la estadística, la fotografía o la historia oral?, se pregunta el prestigioso historiador americano.

La observación de todo documento depende de tres factores. El primero de ellos se puede denominar *lecturas previas*. El análisis riguroso del documento solo puede obtenerse en la puesta al día de la bibliografía, que nos permite saber interrogar al documento de la mejor manera posible. Toda investigación es imposible de realizar sin un correcto y suficiente apoyo bibliográfico. No es posible definir un proyecto de investigación o planificar su estrategia sin un conocimiento lo más exhaustivo posible del estado de la cuestión científica en un determinado campo temático y en un determinado momento.

La bibliografía existente sobre un tema es no solo la primera y fundamental fuente de información, cuya consulta puede tener, justamente, el resultado de descubrirnos que un determinado tema o no ha sido tratado o lo ha sido insuficientemente, sino que la bibliografía existente y la que se va produciendo es siempre un imprescindible control para el proceso de investigación propio. (Aróstegui, 1995: 366)

La lectura de la bibliografía permite al historiador conocer el estado científico del asunto que investiga y la documentación que ha de manejar, para poder enfrentarse a ella en las mejores condiciones posibles.

El segundo factor lo denominamos el *uso de las técnicas y ciencias auxiliares de la historia*. Para proceder a observar los documentos, nos valemos a su vez de distintas técnicas y ciencias auxiliares de la historia, entre las que destacan las siguientes:

- *Arqueología*: disciplina que estudia los restos de las civilizaciones y de todo lo que a ellas se refiere, con el fin de reconstruir su historia, la vida de sus pueblos y sus costumbres. Las técnicas arqueológicas, muy desarrolladas en los últimos años, contribuyen al estudio de restos de la Antigüedad y medievales, como objetos, útiles, instrumentos y monumentos. Pero no solo analiza restos de civilizaciones primitivas, la arqueología industrial y la arqueología submarina, por ejemplo, están ofreciendo importantes avances en la reconstrucción de la historia económica, económica-militar y cultural de los últimos siglos.

- *Criptografía*: técnica imprescindible para descifrar los signos, símbolos y escrituras enigmáticas o con clave secreta.
- *Cronología*: ciencia que tiene por objeto determinar el orden y las fechas de los sucesos históricos.
- *Documentación*: las técnicas documentales contribuyen a localizar, comprender, interpretar y sintetizar el documento, sobre todo el escrito.
- *Epigrafía*: estudio de las inscripciones incisas en distintas materias con el fin de descifrarlas e interpretarlas.
- *Filología*: estudio profundo acerca de la interpretación y comprensión de un texto. Las técnicas filológicas ayudan a analizar y observar los documentos a través del lenguaje y del mensaje.
- *Genealogía*: por medio del estudio de documentos fidedignos, se ocupa de establecer el parentesco entre personas y familias y el origen, descendencia y alianzas de estas.
- *Gliptografía*: ciencia que estudia las piedras grabadas antiguas.
- *Heráldica*: ciencia y arte que enseña a componer, interpretar y describir los escudos de armas de cada linaje, ciudad o persona.
- *Iconografía*: descripción de imágenes, retratos, cuadros, estatuas o monumentos.
- *Iconología*: ciencia que estudia e interpreta el significado simbólico de las imágenes representadas en las artes visuales.
- *Numismática*: estudia la figura, el metal y el peso de las monedas para situarlas dentro de su contexto histórico.
- *Paleografía*: ciencia que estudia las escrituras en su forma y en su desarrollo histórico.
- *Paleontología*: ciencia que analiza los seres que han vivido en la superficie del globo terrestre en el curso de los tiempos geológicos; se basa en la información que proporcionan los fósiles.
- *Sigilografía*: estudio del sello como medio de autenticidad de documentos.

El tercer y último factor de la observación documental es el conocido como *la interrelación con otras ciencias*. El conocimiento, la comprensión y la explicación de la historia solo puede hacerse a través de la interrelación con otras ciencias sociales y humanas. La observación de los documentos exige un amplio conocimiento de estas ciencias, porque en la realidad se nos presentan todas unidas en la vida social, aunque en la vida académica estén bien definidas las fronteras. Entre ellas, destacan la antropología, el arte, la demografía, el derecho, la economía, la geografía, la literatura, la política, la psicología y la sociología.

El documento escrito sigue siendo el principal documento del historiador, aunque ni mucho menos el único, por lo que buena parte del trabajo de observación se lleva a cabo con él. La principal técnica documental al respecto

es el denominado *análisis documental de contenido* (ADC), definido por María Pinto (2002) como el “proceso cognitivo de reconocimiento, descripción y representación del contenido documental”. Este análisis permite superar hoy día el viejo concepto de crítica interna y externa, que tan de moda pusieron los historicistas y metódicos en el siglo XIX. Todos los documentos tienen un contenido relativamente permanente, pero un número variable de significados, incluso para un mismo analista, de acuerdo con la utilización particular de ese contenido sustancial en un momento determinado.

En lugar de plantear normas y principios para analizar el contenido de un texto, resulta más apropiado que el analista asuma su protagonismo, adoptando las estrategias necesarias para cada situación dependiendo de los enlaces o relaciones entre la unidad textual, los diferentes contextos, la función del texto origen y la función del producto en sus respectivas situaciones culturales. El papel del historiador-analista, por tanto, está lejos de aquel ente pasivo que señalaba Ranke. Su labor ante el análisis documental debe ser fundamental. Y esta labor será, principalmente, la de seleccionar (datos, ideas y situaciones). Para ello resulta básica una buena preparación.

Aunque no haya normas rígidas que faciliten el trabajo (como creían ingenuamente los metódicos), sí se precisa una metodología para el desarrollo adecuado del ADC. Esta se realiza durante tres fases:

- *Lectura-comprensión*: cuando el analista lee, está decodificando, interpretando y representando la información. La lectura, por tanto, es un proceso de naturaleza *interactiva*, que depende tanto del texto como de la persona que lo lee, que tiene por finalidad hacernos comprender el texto. Para llegar a la comprensión, el analista o lector no necesita utilizar todos los datos textuales, pues el proceso se inicia aprovechando dicha información extratextual para plantear hipótesis que faciliten la comprensión-interpretación.
- *Análisis*: una vez comprendido, el texto debe ser analizado mediante un proceso cognitivo o mental. El primer paso del análisis es la *segmentación*, que consiste en descomponer provisionalmente el texto en magnitudes más manejables mediante la división en segmentos o unidades sintagmáticas provisionales. Una vez segmentado el texto en unidades más pequeñas, pero de gran interés, tenemos más fácil el segundo paso, la *selección*. Consiste en eliminar las unidades de significación (frases y palabras) que son consideradas irrelevantes para el análisis. Tras este paso y, por tanto reducido el texto, este debe interpretarse, asignándole un contenido (*interpretación*). Se trata de la fase más subjetiva del análisis de contenido, puesto que en ella participan importantes factores extratextuales, como son el conocimiento base del analista, los objetivos del análisis y el contexto. La función de un texto es su uso o aplicación

en un determinado contexto o situación, por lo que no hay un análisis adecuado fuera de ese contexto.

- *Síntesis*: al final del proceso se encuentra la síntesis o arte de componer la información resultante del análisis, del contenido extraído como consecuencia de la interpretación. Se trata de expansionar la estructura profunda obtenida durante el proceso analítico, aunque esta expansión deberá quedarse en los primeros niveles de descripción superficial, en virtud de la brevedad exigible. Esta fase finaliza con la escritura del texto, en la que se presta especial atención a su estructura o composición interna, estilo, requisitos y extensión.

Mientras la observación documental se aplica a los documentos, las técnicas de observación directa construyen ellas mismas los documentos. La observación directa puede ser extensiva o intensiva. De la primera, la forma más difundida es la de las *encuestas por sondeos*, en las que se estudia una porción escogida de una gran comunidad humana y se extienden las conclusiones a las que se ha llegado al conjunto de la comunidad, lo que es válido si la muestra elegida es realmente representativa. La observación directa extensiva presenta tres fases fundamentales: la determinación de la colectividad por interrogar (la selección de las muestras), el interrogatorio de esta colectividad (encuesta propiamente dicha) y la interpretación de los resultados y sus consecuencias.

La observación directa intensiva se efectúa sobre pequeñas comunidades, incluso sobre individuos. La observación es menos extensa, pero más profunda. Hay técnicas propias, aunque con una sencilla adaptación previa pueden utilizarse en la observación extensiva. Entre estas técnicas destacan:

- *Entrevistas*: en el campo de la investigación histórica, la entrevista es el fundamento de la denominada *fente o investigación oral*, tal vez la fuente más discutida por los historiadores tradicionales porque, obsesionados por la documentación, se interesan en sus fuentes por tres cualidades que no posee el documento oral (Prins, 2003: 151-152). En primer lugar, insisten en la precisión formal, en ver la naturaleza estable de la evidencia, en tratar a un documento como un objeto. La segunda cualidad es la precisión cronológica; los documentos pueden proporcionar detalles escrupulosos en esta dimensión. En tercer lugar, en el documento escrito en muchas ocasiones se entiende el mensaje gracias a la lectura de textos adicionales, mientras que en la fuente oral la comunicación se encuentra a veces sin otras fuentes de referencia. A estos aspectos, algunos críticos añaden más, como los temas tangenciales preferidos por la historia oral o la poca importancia de la microhistoria. Efectivamente, estas cualidades no son características de la fuente oral, pero tiene otras muchas, como el acercamiento más estrecho a la historia más humana, a la historia de la

vida cotidiana, a la historia de las mentalidades, a los recuerdos personales y, sobre todo, a los recuerdos personales de los protagonistas de la historia que casi nunca aparecen en la historia.

La entrevista puede clasificarse en diversos tipos. Según el contenido, hay entrevistas de opinión (tienen como finalidad conocer la opinión o la actitud de la persona o personas interrogadas) y entrevistas documentales (se interroga a un personaje o personajes sobre lo que saben), aunque pueden combinarse unas y otras. Por el tipo de persona al que se interroga, pueden ser de líderes o de "gente corriente", de la calle. Según el número de entrevistados, la entrevista puede ser individual o colectiva. Por el medio técnico utilizado, la entrevista sería grabada (solo la voz), en soporte óptico o casete; de imagen y sonido (vídeo, película) o escrita (para los casos en que no se permita ningún tipo de mecanismo que perdone). La técnica de realizar la entrevista puede ser libre, semidirigida o dirigida, según se trate de cuestionarios abiertos o más o menos cerrados.

- *Test*: están constituidos por una serie de preguntas o pruebas por medio de las cuales se investiga indirectamente la personalidad o mentalidad del individuo o grupo. No se le interroga directamente, no se recurre a su análisis consciente, sino que lo revelador es su comportamiento frente a las pruebas del test. Pueden clasificarse en test de aptitudes y conocimientos y tests de personalidad.
- *Observación-participación*: consiste en examinar el grupo en sí mismo, en cuanto colectividad. Es en cierta manera una observación global, opuesta a los atomísticos procedimientos de observación individuales. Se la denomina *observación-participación* porque implica que el observador intervenga en la vida del grupo, participe en sus actividades. Por una parte, esta participación a veces es pasiva, limitándose al papel de espectador, si bien de un espectador que se ve, por la fuerza de los acontecimientos, incorporado al espectáculo, que se encuentra en escena entre los actores. Por otra parte, la participación es a menudo más activa, y se pueden distinguir dos tipos diferentes: en el primero se trata de un observador, en principio, externo al grupo y que se mezcla en su vida a fin de poder realizar sus observaciones, y en el segundo se trata de un miembro del grupo que se esfuerza en adquirir la cualidad de observador, desdoblándose en cierto modo.

Las técnicas arqueológicas en sus orígenes estuvieron casi exclusivamente centradas en el estudio de la prehistoria y la Antigüedad, pero en la actualidad el concurso de la arqueología se ha extendido, ventajosamente, para aportar luz a la totalidad de los periodos y secciones en que, de forma bastante artificial, solemos compartimentar el devenir histórico. Se han desarrollado así pujantes arqueologías de la Edad Media, de la Edad Moderna, que algunos autores se

obstinan en calificar con el redundante término de “arqueología histórica”, o incluso de la contemporaneidad.

Esta extensión de la práctica de la arqueología permite comprobar que, si su contribución resulta insustituible a la hora de acercarnos al estudio de las sociedades sin escritura, su aportación no es en absoluto desdeñable para los periodos en los que se dispone de fuentes escritas. Y es que es evidente que la arqueología permite acceder a datos que los textos no siempre pueden, o quieren, decir. Así las cosas, no es extraño comprobar cómo las técnicas y fuentes arqueológicas se han convertido, con el tiempo, en una de las principales ventanas a través de las que contemplar y traer al presente a todos esos “desposeídos de la historia” que hoy solemos etiquetar como grupos subalternos: mujeres, pobres, esclavos...

Sin duda, la principal característica de la arqueología como disciplina histórica descansa en la naturaleza de su propio objeto de estudio, no siempre fácil de desligar de su medio de información: los registros materiales de la actividad humana pretérita, la “materialidad” de los procesos históricos. Por su carácter no verbal, la metodología del estudio de los objetos, de las “cosas” y sus residuos, difiere considerablemente del estudio de los textos, de las “palabras”. Y eso que la separación entre “cosas” y “palabras” no resulta, en el fondo, tan radical. Por un lado y pese a que a menudo hoy se nos escape su significado, sabemos que los artefactos tenían sentido para sus usuarios y por ello aportaban información que podía ser “leída” por ellos, y, de otra parte, lo que llamamos textos siempre pueden ser estudiados desde la perspectiva de su materialidad (soportes, escrituras, gestualidades...). Además, unos y otros están significativamente constituidos y por eso mismo contribuyen activamente a los procesos de producción y reproducción social. Dicho de otro modo, los seres humanos fabricamos y usamos objetos y redactamos textos, y las “cosas” que producimos y utilizamos y las “palabras” que escribimos y leemos aportan, a su vez, una contribución decisiva a la hora de “fabricarnos” y de “narrarnos” como seres sociales, como personas.

Una de las principales tareas de la metodología arqueológica consiste en develar los procesos de formación del registro arqueológico; es decir, la manera en que los restos materiales de la actividad humana han llegado hasta nosotros. Y esto es así porque la fiabilidad de las interpretaciones arqueológicas descansa en buena medida en la posibilidad de identificar estos procesos que van desde la manera en que se produce el abandono, la pérdida o la ocultación de los objetos, hasta las circunstancias y condiciones de su hallazgo, pasando por la probabilidad de su conservación.

Aunque a menudo hablamos de yacimientos arqueológicos para referirnos al lugar donde es posible rastrear las trazas materiales de la actividad humana, no hay que olvidar que el término puede resultar simplificador y equívoco. Por una parte, la entidad del registro arqueológico es variable y, en consecuencia,

la información que puede suministrar depende de su naturaleza, de su contexto y de su escala. Es un hecho que no es lo mismo estudiar una herramienta de piedra aislada en medio de una terraza fluvial que un paisaje agrario, que puede considerarse con toda propiedad un yacimiento arqueológico en la medida en que se trata de la sedimentación espacial de un tiempo “fossilizado”. Por otra parte, pese a que el uso de la palabra *yacimiento* parezca remitir, invariablemente, a una dimensión “estratigráfica” del registro arqueológico, muchos vestigios arqueológicos no están enterrados. Y es que no escasean las evidencias que se encuentran a flor de tierra, en “superficie”, por emplear la jerga de la disciplina, o, como sucede por ejemplo con el castillete abandonado de una antigua mina en desuso, se elevan considerablemente sobre la rasante del suelo.

La localización de los yacimientos arqueológicos exige el desarrollo y la aplicación de métodos de exploración cuya sofisticación y coste aumentan en el caso de aquellos que están completamente enterrados. Las técnicas y herramientas utilizadas en estas prospecciones arqueológicas van desde los sistemas de teledetección (fotografías aéreas, imágenes de satélite...) hasta el reconocimiento a pie de la zona de estudio, pasando por el empleo de radares terrestres u otras técnicas geofísicas. Los datos obtenidos en estas indagaciones deben ser convenientemente tratados y almacenados en bases de datos especiales, como los sistemas de información geográfica (SIG), que permiten una manipulación y un uso más eficaces de esta información.

Una vez localizados, los yacimientos se estudian siguiendo un protocolo y una metodología de análisis que ha de adaptarse a sus características y a la naturaleza de los vestigios que encierran. En el caso de los yacimientos enterrados, se impone el estudio estratigráfico cuyo fin es identificar, mediante sus características físicas y arqueológicas, cada uno de los depósitos y entidades (unidades estratigráficas) que constituyen estos “archivos del suelo”, relacionándolos a continuación mediante una serie de principios que ayudan a conformar la secuencia completa de su evolución. Los principios y protocolos de este método estratigráfico pueden aplicarse también, a través de lo que denominamos *arqueología de la arquitectura*, al patrimonio construido no enterrado para determinar las diferentes fases y episodios constructivos que jalonan la historia de cualquier edificación.

Todas las observaciones y acciones realizadas en el curso de estas tareas han de ser convenientemente documentadas y registradas utilizando distintos tipos de soportes y bases de datos. El progreso de las técnicas de captura y análisis de imagen ha contribuido a que a la información textual y gráfica (planimetrías, fotografías, etc.) tradicionalmente utilizada se hayan sumado, en los últimos años, toda una serie de herramientas (escaneado láser y fotogrametría, entre otras) que permiten la generación de modelos 3D de gran utilidad para el registro, tratamiento y análisis de la información arqueológica.

Junto a los inmuebles (restos de edificios, estructuras de todo tipo...) que aparecen y son documentados en el curso de estos trabajos, menudean los objetos muebles, los materiales arqueológicos, que han de ser convenientemente tratados a fin de poder obtener toda la información que atesoran. Además de registrar con precisión su localización y posición durante los trabajos de campo, es importante conocer qué límites ofrece su manipulación en función de su estado de conservación y de los análisis a los que ulteriormente serán sometidos. Cuando existen, los propios sedimentos arqueológicos que engloban, "fosilizándolos", a los restos inmuebles y muebles deben someterse también a toda una serie de manipulaciones destinadas a obtener muestras o a recuperar, mediante su tamizado, cualquier tipo de vestigio que haya podido pasar inadvertido.

Cuando, por diferentes razones, no son enterrados o trasladados a otro lugar, los restos de inmuebles se quedan sobre el terreno y es allí donde, en su caso, son estudiados y analizados. Por su parte y una vez extraídos, los objetos y todos los demás restos materiales localizados se llevan a laboratorios y museos para examinarlos en lo que se suele denominar *trabajo de gabinete*. En el caso de lo que comúnmente llamamos *artefactos* estas labores comportan toda una serie de estudios morfológicos y tipológicos que se completan, cuando procede y los medios acompañan, con análisis arqueométricos destinados a averiguar la composición de los materiales. Los resultados de estas tareas, unidos a los datos suministrados por la arqueología experimental, permiten realizar inferencias sobre los procesos de fabricación, uso y amortización de estos objetos. Estas inferencias pueden, a su vez, suministrar información relevante a la hora de reconstruir los procesos de trabajo y los escenarios socioeconómicos de los hombres y mujeres que han producido y utilizado estos artefactos. En el caso de aquellas otras entidades arqueológicas que no encajan en sentido estricto en la categoría de artefactos (huesos humanos, restos de plantas y de animales, sedimentos, etc.), su manipulación y estudio puede arrojar también informaciones relevantes para reconstruir los modos de vida y las prácticas sociales de las poblaciones que habitaban los yacimientos de los que proceden.

Aunque, al igual que sucede con la historia, la arqueología no sea una "ciencia del tiempo", una "cronometría", el tiempo, en realidad la temporalidad, es una variable esencial de la interpretación arqueológica. De ahí que, en lo que tiene de disciplina histórica, la arqueología haya tratado de dotarse, desde sus inicios, de técnicas y procedimientos con los que garantizar la atribución cronológica de las trazas y entidades materiales que constituyen el registro arqueológico. El desarrollo a partir de mediados del siglo xx de las técnicas de datación físicoquímicas, como el carbono 14, han facilitado la elaboración de calendarios que, pese a su dificultad para ser a veces traducidos en términos de calendarios históricos, han permitido fechar de manera autónoma muchos materiales y, en consecuencia, los procesos históricos a los que se asocian. Se ha podido,

así, superar las limitaciones que imponían la disponibilidad de materiales bien contextualizados y fechados (monedas, inscripciones...) o las cronologías comparadas basadas en las tipologías.

En cuanto a las técnicas cuantitativas, las técnicas matemáticas son formas perfeccionadas del análisis comparativo. La traducción de los fenómenos en cifras y en símbolos permite comparar muchos a la vez, confrontar sus respectivas características con gran precisión y llevar muy lejos el análisis. El análisis matemático supone, ante todo, que los fenómenos por estudiar hayan sido traducidos en cifras, expresando estas aquellos caracteres comunes que sirvan de base a su comparación. La expresión matemática, según Duverger (1996), comprende dos fases: la traducción en cifras propiamente dicha, llamada *cuantificación*, y la *identificación*, a partir de las series de cifras así obtenidas, de unos valores que la expresen sintéticamente (características e índices).

La estadística es la técnica por excelencia en el estudio de las variables cuantitativas o cuantificadas. Se suele considerar a William Petty como su fundador; en su obra *Essays in Political Arithmetick* (1679), en la que no solo describe un innumerable conjunto de datos económicos, sino que refleja el nuevo método de investigación que preconiza la *aritmética política* o, como él mismo definió, "el arte de razonar con cifras sobre hechos relativos al gobierno". El desarrollo progresivo de la ciencia estadística tuvo lugar desde el inicio del siglo xix, con la formación de un cuerpo de técnicas matemático-estadísticas, agrupadas genéricamente bajo la denominación de "economía cuantitativa". Su despegue definitivo se ha generado a lo largo del siglo xx, en particular, a partir de los años treinta con la aparición del moderno campo de la economía empírica, bautizado bajo el nombre de *econometría*.

Los datos estadísticos no tienen por qué ser números. El único requisito es que la información se refiera a características de las distintas unidades y que sea homogénea. Las características que son susceptibles de una expresión numérica se denominan *variables*, y las cifras que presenta una variable a propósito de las distintas unidades se conocen como *valores*. Cuando, por el contrario, una característica no es numérica se denomina *atributo*. Los atributos no presentan valores, sino *modalidades*.

El primer paso del historiador que emplea materiales cuantitativos consiste en examinar los datos y clasificarlos de tal manera que le ayuden en su análisis. La clasificación que cumple este objetivo (Floud, 1975: 22-26) divide los datos en tres tipos: nominales, ordinales e intervalos:

- *Datos nominales*. La forma primera y más sencilla de los datos cuantitativos es la que se utiliza en el lenguaje común cuando damos nombres a los objetos para dividirlos en clases genéricas y luego contamos el número de veces que aparece cada nombre. El orden en que se relacionan las características no tiene ningún propósito determinante.

- *Datos ordinales.* En muchos casos el volumen de información de que disponemos, o el número de hipótesis que estamos dispuestos a establecer sobre los datos nos permite ir algo más allá de la mera enumeración de las características. Es posible imponer cierto orden en las categorías y decir que estas consisten en partes que son más grandes, más antiguas, más pequeñas o más ricas que las partes comprendidas en otras categorías. Si se puede hacer dicha afirmación sobre las relaciones entre las categorías que hemos establecido, entonces los datos pueden ser considerados como ordinales. Mientras que cuando se tratan de datos nominales el orden de relación de las categorías carece de importancia, y daría lo mismo si estuviesen mezcladas. En los datos ordinales el orden, como la misma palabra *ordinal* indica, es fundamental.
- *Intervalos o proporciones.* Lo mismo que la información adicional que ofrece la ordenación de las categorías distingue los datos ordinales de los nominales, también una mayor información sobre la relación precisa entre las categorías es la característica diferencial de los datos de intervalos o proporciones. Con estos datos no solamente se conoce el orden de disposición de las categorías, sino también el tamaño de los intervalos entre ellos, lo que puede utilizarse para ulteriores análisis. La mayor parte de los datos manejados en el análisis cuantitativo de los materiales históricos son intervalos o proporciones, y los ejemplos más conocidos son los datos sobre la renta, estadísticas electorales, cifras de votaciones, estadísticas de población y rendimientos de las cosechas.

Una vez clasificados los datos, procede utilizar las técnicas del análisis matemático, que son dos:

- *El análisis de las asociaciones y de las correlaciones:* el análisis de la asociación se puede presentar mediante tablas de doble entrada, llamadas *tablas de contingencia*, que permiten obtener una imagen sintética de la respectiva distribución de los caracteres en cuestión. Cuando se dispone de dos series de caracteres cuantitativos asociados en una misma colectividad, se puede tratar de medir la correlación que exista entre ellos. El método más simple para medir la eventual correlación entre dos fenómenos es el método de las nubes de puntos (diagramas de dispersión), por medio de la representación gráfica de cada uno de ellos respecto de dos ejes de coordenadas.
- *El análisis factorial:* se basa en el estudio de las intercorrelaciones y se utiliza sobre todo en psicología social para el estudio de las aptitudes. Hay distintos métodos, como el método bifactorial de Spearman y el método multifactorial de Thurstone.

Las técnicas gráficas consisten en representar los fenómenos con figuras, las cuales son cómodamente comparables entre sí por yuxtaposición o superposición (Duverger, 1996). Representan aplicaciones perfeccionadas del método comparativo y permiten, con simplicidad y precisión, confrontar numerosos hechos y deducir, al propio tiempo, las semejanzas y las diferencias. Existen dos grandes categorías de gráficos, según la forma de ser construidos:

- *Los gráficos matemáticos:* enteramente construidos sobre la base de datos numéricos (por tanto, todos pueden ser medidos). Entre ellos destacan los diagramas de coordenadas, de barras y de superficies, estereogramas, gráficos triangulares y cuadrados, histogramas, polígonos y curvas de frecuencia.
- *Los gráficos no matemáticos:* en los que los datos numéricos solo intervienen parcialmente o no intervienen en absoluto. Los principales gráficos no matemáticos son los mapas geográficos y las figuras imaginarias.

En relación con estas grandes categorías, los principales tipos de representación gráfica en ciencias sociales son las distribuciones, la comparación entre categorías, la representación de series, las diferencias, similitudes y asociaciones y los pictogramas, siguiendo la clasificación de Antonio Alaminos (1993). En las distribuciones destacan los histogramas, polígonos de frecuencia, ojivas, "tallos y hojas", "cajas con bigotes" y curva de Lorenz. Entre las principales representaciones en comparación entre categorías están los diagramas de barras de columnas simples, de columnas múltiples, de columnas compuestas, de columnas en base 100%, de sectores, de sectores comparados, y las variantes de barras dobles y en estrella. La representación de series está integrada por líneas simples, líneas múltiples, líneas compuestas o estratos, líneas compuestas o estratos en base 100% y variante de gráfico en Z. Los principales tipos de diferencias, similitudes y asociación son el diagrama de puntos (*scatter plot*), HI-LO (*high-lower*), trilineal, dendrograma e *icplot* y densidades. Las representaciones iconográficas pueden ser de dos tipos: pictogramas y cartogramas. Gráficos mixtos y misceláneos son los mapas con diagramas y pictogramas sobrepuestos, combinaciones de gráficos de barras y líneas, diagramas de flujos y organigramas, gráficos de jerarquías, perfiles y gráficos de Gantt.

#### 2.4. El documento y las fuentes

El término *documento* procede del latín, *documentum*, derivado del verbo "docere": enseñar, instruir. La Ley del Patrimonio Histórico Español (1985) lo define como "toda expresión en lenguaje natural o convencional y cualquier otra expresión gráfica, sonora o en imagen, recogidas en cualquier tipo de soporte

material, incluso los soportes informáticos”. Los elementos que lo caracterizan son el *soporte*, que le confiere corporeidad física; la *información*, es decir, la noticia que transmite, y el *registro*, o sea, la fijación de la información en el soporte.

A lo largo de la historia el soporte ha sido el principal fundamento del documento y lo que ha determinado su evolución. Desde los primeros soportes (madera, arcilla, piedra, papiro, pergamino, papel...) hasta el documento electrónico de la era de la informática, el documento ha cambiado de forma importante y ha modificado sustancialmente el trabajo del historiador. Pero todavía no se ha llegado al final. A partir de la creación de la web, algunos autores (Marzal y Gonzáles, 2010) hablan de un documento superior, fruto de la evolución natural y tecnológica del documento: el *hiperdocumento*. Se trata de un documento inteligente, no solo muy apto para la recuperación de información sino para generar contenidos, por su facilidad para la “asociatividad”. No solo tiene un contenido, sino que puede tener contenidos asociados: todos los nodos de información que contiene y los vínculos a los que se une o es unido. Entre sus caracteres o propiedades destacan las siguientes: interactividad, dinamicidad, asociatividad, multisequencialidad y virtualidad.

“Tout est document”, escribió en 1998 Pierre Toubert en referencia a la concepción de *documento* en la nueva historia científica nacida en el siglo xx. La historia debe estar abierta a todo tipo de documentos, no solo el escrito. La fuente oral, el documento literario y el artístico, incluso el cine, son válidas para la comprensión de la historia. Se venía así a acabar con el monopolio del documento escrito implantado con el positivismo del siglo xix. Para los historicistas y metódicos, las fuentes aparecían como una realidad objetiva, nunca elaborada por el historiador. La Escuela Metódica deja de plantear preguntas a sus fuentes, recomendando la desaparición del propio historiador detrás de los textos. La misión del historiador era la de establecer los hechos. El documento era el punto de partida. Lucien Febvre, de *Annales*, lanzó duros ataques hacia la historia positivista, lanzando su pluma combativa a veces con ironía, como en este párrafo de sus *Combates por la historia*:

Recoged los hechos. Para ello id a los archivos, esos graneros de hechos. Allí no hay más que agacharse para recolectar. Llenad bien los cestos. Desempolvadlos bien. Ponedlos encima de vuestra mesa. Haced lo que hacen los niños cuando se entretienen con cubos y trabajan para reconstituir la bella figura que, a propósito, nosotros les hemos desordenado... Se acabó el trabajo. La historia está hecha. ¿Qué más queréis? Nada. Solo: saber por qué. ¿Por qué hacer historia? ¿Y qué es, entonces, la historia? (1953)

Actualmente, la nueva concepción de *documento* viene acompañada de una nueva crítica de este. El documento no es inocente, no dimana solo de la opción

del historiador, a su vez parcialmente determinado por su época y su entorno, sino que lo producen consciente o inconscientemente las sociedades tanto para imponer una imagen del pasado como para definir “su verdad”. La crítica tradicional de lo falso es insuficiente, y es preciso desestructurar el documento para descubrir sus condiciones de producción en la línea definida por Michel Foucault (1970). El problema no reside en contradecir al documento, sino en interpretarlo, desmontarlo y leerlo como un producto complejo de la sociedad: “No basta con darse cuenta del engaño, hay que descubrir sus motivos” (Bloch, 1988: 75). Al mismo tiempo, hay que delimitar y explicar las lagunas y los silencios de la historia y asentar esta lo mismo sobre estos vacíos que sobre los llenos que han sobrevivido.

El sistema metodológico de la Escuela de *Annales* descansa sobre dos postulados básicos: la constitución del objeto de su investigación por el historiador y la necesidad de elaborar una historia total o global. Frente a lo que creía el positivismo o la historia que los *annalistes* denominan de forma despreciativa “tradicional”, no existe una realidad histórica que se ofrezca por sí misma. Como un científico más, el historiador debe construir su propia historia, debe hacer su “elección”, lo que no significa ni arbitrariedad ni simple “recolección”, sino construcción científica del documento, cuyo análisis debe llevar a la reconstitución, comprensión y explicación del pasado. La simple descripción de los fenómenos sociales no les basta. Frente a la superficial historia-relato, abogan por la historia-problema.

La historia-problema reconstruye el pasado a partir de hechos y experiencias contemporáneas, suponiendo que existe una conciencia que piensa y valora la realidad. La nueva historia no se puede limitar al simple establecimiento de los hechos, sino que debe plantear hipótesis, tiene que dirigir preguntas y utilizar modelos para la comprensión y explicación del pasado. El historiador construye y reconstruye, mediante la comprobación o refutación de las hipótesis, “su verdad”, “su historia”.

En los últimos años, la *nueva historia cultural* introduce el término de *representación* referido a una historia que investiga más las nociones no expresadas en los documentos que las ideas formuladas conscientemente. Para Roger Chartier, las producciones intelectuales y estéticas, las prácticas sociales y las representaciones mentales están siempre gobernadas por mecanismos y dependencias desconocidos por los sujetos mismos. El nuevo concepto de *representación* permite, para él, designar y enlazar tres grandes realidades:

Primero, las representaciones colectivas que incorporan en los individuos las divisiones del mundo social y que organizan los esquemas de percepción y de apreciación a partir de las cuales las personas clasifican, juzgan y actúan; después, las formas de exhibición del ser social o del poder político, tales como los signos y actuaciones simbólicas las dejan ver (por ejemplo, la

imagen, el rito o lo que Weber llamaba la *estilización de la vida*); finalmente, la *presentización* en un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad o de un poder dotado asimismo de continuidad o de estabilidad. (1996: 29)

La influencia del historicismo literario ha sido importante también en la investigación histórica de los últimos años y en el uso y ampliación de las fuentes, como ha puesto de manifiesto Paul Hamilton (1996). Los antropólogos históricos, como Natalie Z. Davis y Hans Medick, entre otros, han llegado al historicismo a través de la atracción sentida hacia la obra de Geertz y Turner. Frente al antiguo y estereotipado historicismo que, supuestamente, mantenía una noción elitista e ingenuamente evolucionista del cambio histórico, buscan en los grupos marginales sus indagaciones, escuchando las voces suprimidas que se pueden descubrir en los textos literarios.

Sus principios teóricos y sus métodos de investigación son muy similares a la *nueva historia cultural*, por lo que en ocasiones no suele ser fácil clasificar a uno u otro autor en cada una de las *historias de la cultura*. En cuanto a la teoría, quieren restringir expresamente su influencia, a fin de no violentar el objeto de la investigación, por lo que se dejan en manos de la *descripción densa* de Geertz. Esta exige que el investigador no se aproxime a su objeto con planteamientos guiados por la teoría, sino que deje que el sujeto de su investigación hable por sí mismo. La descripción densa arranca de un conjunto de sucesos o signos significativos y procura encajarlos en una estructura inteligible, de tal manera que se puedan interpretar ser insertarlos en un contexto, en el flujo del discurso social. Este procedimiento logra con éxito utilizar el análisis microscópico de los acontecimientos más irrelevantes como medio de llegar a conclusiones de mayor alcance. Pero no se trata de buscar leyes y conceptos generales, sino de hacer una interpretación a la búsqueda del significado. No de generalizar más allá de los casos, sino de hacerlo en el seno de ellos. El lenguaje, el discurso, se hace más complejo y ambiguo. Ya no es posible reconstruir el significado de los conceptos a partir de los textos clásicos, como hacen Pocock y Skinner, sino que hay que examinar sus formas simbólicas.

Fuente histórica, como ya se ha visto, es cualquier tipo de documento, cualquier realidad que pueda aportar testimonio, huella o reliquia, cualquiera que sea su lenguaje. Hace referencia, sobre todo, a conjuntos documentales unidos por el mismo origen, forma, soporte, difusión o problemática. Este agrupamiento, natural o ficticio, facilita el trabajo metodológico al historiador al clasificar los documentos para reducir su tipología y, por tanto, normalizar su estudio, análisis y descripción.

La clasificación de las fuentes históricas debe contribuir hoy en día, al menos, a explicar cinco aspectos o criterios básicos de cada una de las fuentes, tres internos y dos externos: su forma de elaboración (criterio posicional), su

intención en la elaboración (criterio intencional), su grado de elaboración (criterio de la originalidad), su procedimiento empleado para transmitir o almacenar la información (clase) y su medio de divulgación (difusión). Ninguno es excluyente. Una fuente puede clasificarse en virtud de estos cinco criterios o solo de alguno de ellos, aunque cuanto más conozcamos sobre la tipología de la fuente y sobre su propia historia –no olvidemos este aspecto sustancial–, más fácil será poder contrastar su información y su mensaje y, por tanto, conocer su adecuación o no adecuación. En la actualidad cada vez se hace más complicado establecer una clasificación por el medio en el que se divulga la información, especialmente porque las bibliotecas virtuales o digitales no tienen fronteras e intentan trabajar con todo tipo de fondos y de fuentes.

Teniendo en cuenta estos aspectos, un intento de clasificación de las fuentes históricas puede quedar de la siguiente forma:

#### 1. Clasificación por los caracteres internos de las fuentes:

- a) Según el *criterio posicional* (forma de elaboración) puede dividirse en:
  - *Fuentes directas*: escrito o relato de algún testigo presencial de un hecho, de un protagonista, de una documentación.
  - *Fuentes indirectas*: información basada en otras informaciones no testimoniales. Por tanto, la información recogida por la fuente es más lejana a los hechos narrados que en las fuentes directas, donde se recoge la información de primera mano.
- b) Según el *criterio intencional* (intención en la elaboración) pueden distinguirse:
  - *Fuentes intencionales (testimoniales)*: proceden de un acto intencionado. Es la fuente clásica, aquella en la que durante siglos se ha basado la historia, como las crónicas, las tradiciones orales, los textos literarios, las memorias, etcétera. Presumiblemente, su propia intencionalidad la ha convertido en más manipulable.
  - *Fuentes no intencionales (no testimoniales)*: fuentes involuntarias que comprenden todos aquellos vestigios del hombre que se han conservado sin que este se haya propuesto su realización y conservación como testimonio histórico. Se incluyen en este tipo todos los restos arqueológicos y etnográficos y la documentación de la Administración principalmente; en fin, la mayor parte de los documentos que componen la memoria de la sociedad. Al no ser creadas como testimonio, parecen fuentes más objetivas,

por lo que sirvieron de base a la historia científica del historicismo a partir del siglo XIX.

c) Según el *criterio de la originalidad* (grado de elaboración) pueden ser:

- *Fuentes primarias*: son los materiales en bruto de la investigación. En la historia las principales fuentes primarias son aquellas fuentes originales que nos ayudan a construir nuestra historia: los documentos de archivo, las páginas de los periódicos de la época, etcétera.
- *Fuentes secundarias*: son los materiales en los que otros investigadores informan de los resultados de su investigación sobre la base de datos o fuentes primarias. Pueden ser libros, artículos, tesis doctorales, películas, novelas y otros muchos materiales bibliográficos.
- *Fuentes terciarias*: son libros y artículos basados en fuentes secundarias, acerca de la investigación de otros. Las fuentes terciarias sintetizan y explican investigaciones en un área para una audiencia distinta o simplemente reformulan lo que otros han dicho. "Las fuentes terciarias pueden ser útiles en las primeras etapas de su investigación, pero constituyen una base débil para su argumento porque con frecuencia simplifican y generalizan excesivamente, rara vez están actualizadas y por lo general a los expertos no les resultan fiables" (Booth, Colomb y Williams, 2005: 89).

## 2. Clasificación por los caracteres externos de las fuentes:

a) Según la *clase* (procedimiento o soporte empleado para transmitir la información), puede dividirse en:

- *Fuentes monumentales*: comprenden los restos arqueológicos, objetos y monumentos artísticos que transmiten la información a través de distintos procedimientos, formas y soportes.
- *Fuentes textuales o impresas*: transmiten la información mediante texto escrito, sea manuscrito, mecanografiado o impreso, como un libro tradicional, un periódico, un documento archivístico, etcétera.
- *Fuentes iconográficas*: emplean la imagen, signos no textuales, colores para representar la información, como mapas, planos, dibujos, fotografías, diapositivas, un cuadro, etcétera.

- *Fuentes sonoras*: ofrecen la grabación y reproducción de cualquier sonido, como discos, cintas magnéticas, discos compactos, etcétera.
- *Fuentes audiovisuales*: combinan la imagen en movimiento y el sonido, aunque los primeros ejemplos carecían de este último aspecto, como filmes, cintas de vídeo, etcétera.
- *Fuentes electrónicas y digitales*: se han generado en el entorno de la informática (disquetes, CD-ROM, DVD, ficheros informáticos, páginas web, etc.) o se ha modificado el soporte para divulgarlo por las redes y ordenadores.

b) Según la *difusión* (medio por el que se divulga la información para conocimiento general), presenta la siguiente tipología:

- *Fuentes monumentales*: restos arqueológicos, objetos y monumentos artísticos que ofrecen información sobre la sociedad y mentalidad de su tiempo. Se suelen conservar en el exterior, al aire libre o en los museos.
- *Fuentes documentales*: comprenden los documentos originales, inéditos y únicos, aunque pueda existir copia (limitada) de ellos. Se trata de la documentación de archivo.
- *Fuentes bibliográficas*: documentación textual publicada, tanto en monografías como en publicaciones seriadas (anuarios, memorias, series monográficas, series de informes, series de actas), publicaciones periódicas (revistas científicas y divulgativas) y tesis doctorales. Generalmente comprende el denominado *material bibliográfico*, conservado en las bibliotecas.
- *Fuentes gráficas y audiovisuales*: documentación no textual que utiliza como medio de expresión la imagen o la imagen y el sonido, como los filmes, los mapas, los planos, las fotografías, los sellos, la pintura, los dibujos, etcétera. Suelen conservarse en filmotecas, fonotecas, cartotecas, fototecas y museos, tanto independientes como integrados en bibliotecas u otros centros de información y documentación.
- *Prensa*: fuente que incluye los periódicos, publicación periódica que contiene artículos y noticias sobre diversas materias, y las revistas divulgativas y de información general. Se depositan en hemerotecas, tanto independientes como integradas en bibliotecas.
- *Fuentes orales*: fuente grabada a partir de una entrevista, individual o colectiva, de algún personaje sobre el que se quiere extraer información o algún tipo de opinión.

- *Fuentes informáticas y digitales*: documentos realizados en el entorno de la informática o difundidos a través del ordenador, como CD-ROM, DVD, ficheros informáticos, páginas web, documentos de archivos, periódicos, revistas, tesis doctorales y libros electrónicos.

## 3

# De la biblioteca tradicional a la biblioteca digital

### 3.1. Las bibliotecas y los centros de documentación

La Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985 define las bibliotecas como las instituciones culturales donde se conservan, reúnen, seleccionan, inventarían, catalogan, clasifican y difunden conjuntos o colecciones de libros, manuscritos y otros materiales bibliográficos o reproducidos por cualquier medio para su lectura en sala pública o mediante préstamo temporal, al servicio de la educación, la investigación, la cultura y la información.

El Sistema Español de Bibliotecas, regulado por la Ley 10/2007, de 22 de junio, de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas, comprende el conjunto de órganos, centros y medios que, mediante relaciones de cooperación y coordinación, actúan conjuntamente con la finalidad de desarrollar los servicios bibliotecarios. Forman parte del Sistema Español de Bibliotecas el Ministerio de Cultura, la Biblioteca Nacional y el resto de las bibliotecas de titularidad estatal; el Consejo de Cooperación Bibliotecaria y los sistemas bibliotecarios autonómicos, provinciales y locales y de todo tipo de entidades privadas en función de las relaciones de cooperación basadas en el principio de voluntariedad que se establezca.

Una biblioteca nacional, según la American Library Association (ALA), es la

biblioteca designada como tal por el organismo nacional adecuado y sostenida por el Estado. Sus funciones comprenden la recopilación de toda la

